

Sintetizando

V. A. G.

La Gran Lección de las Elecciones Italianas

Con júbilo ha saludado el mundo el triunfo del 18 de abril. El clima de la guerra fría ha sido brillantemente superado. El Occidente y el Cristianismo han detenido en el valladar del Adriático a las hordas moscovitas. No está demás, sin embargo, el reflexionar sobre la causa íntima del triunfo de las fuerzas anticomunistas en Italia.

La prensa se ha dejado decir recientemente que el Partido Demócrata Cristiano ha estado apoyado por el Vaticano. En vano se buscará un solo documento de la Santa Sede que apoye directamente a De Gasperi y a su partido. El haber declarado que es ilícita la colaboración con el Comunismo, no es cosa de ahora y no implica

para nada entromisión en la política, ya que el Comunismo no es un partido político sino un movimiento ateo-filosófico-económico cuyo fin único es adueñarse del poder para establecer la dictadura universal. Magistralmente lo ha definido recientemente Celibán en Colombia: «el Comunismo no ha sido nunca un partido electoral. En la oposición no le interesa ese procedimiento democrático; y en el poder no permite sino una sola lista, que se lleva, naturalmente, la totalidad de los sufragios». Prohibir a los católicos que se adhieran a un movimiento que lucha contra su Dios y su Religión y contra los fundamentos insustituibles de la vida social (familia, propiedad, paz social, libertad política): no es sino

velar por los intereses sagrados de la Religión y de la Patria. Haber declarado que era pecado dejar de votar, pudiéndolo hacer, no era sino precisar la obligación gravísima que en las circunstancias actuales, la salvación del bien común pedía a todos los católicos. La obligación del voto no era para favorecer determinado partido anticomunista, sino para oponerse todos—cada cual según sus preferencias políticas—en un solo frente contra el enemigo máximo del bien común.

La causa íntima del triunfo espectacular de los Demócratas cristianos hay que buscarla, no en el Vaticano, sino en los magníficos católicos que están al frente del estado mayor del partido y que han sabido comprender sus graves obligaciones de ciudadanos, obligaciones que los han llevado a luchar denodadamente en el frente político por la noble causa de Cristo y de

su patria. En lo cual no hay nada de anormal, ya que los católicos, por ser tales, no dejan de ser ciudadanos. Y esta es, sin duda, la gran lección que entraña la victoria cívica del pueblo italiano. Si ordinariamente las naciones católicas—sobre todo en la América Latina—están gobernadas por partidos anticlericales o por lo menos indiferentes al problema religioso, se debe, en máxima parte, a la inexplicable abstención de los católicos—como tales—en las luchas políticas. A no ser por intervenciones anómalas de un extranjero poderoso, como es el caso de México, es moralmente imposible que en una nación, en su inmensa mayoría católica, en donde por otra parte exista libertad electoral, prevalezca un partido anti-católico. Si esto sucede será porque los católicos no están organizados dentro de un partido de inspiración cristiana, o porque aun existiendo ya éste los católicos se abstienen de votar.

¿Fué Comunista el Movimiento de Bogotá?

Nuestra prensa lo ha dicho hasta la saciedad y aun ha llegado a exponer en todos sus detalles cómo pudo ser concebido el plan desde el punto de vista comunista. (Diario Latino, San Salvador, 15 de Abril). Sin embargo, hasta ahora no se ha presentado una prueba apodíctica de que el plan haya sido tramado por los Comunistas. Es cierto que el Gobierno colombiano anunció que dos agitadores rusos habían sido capturados, pero esta noticia no ha tenido la fuerza probativa necesaria,

ya que no han sido declarados sus nombres. Por otra parte, aun de ser cierta, tampoco probaría con éxito la índole comunista de la conspiración. El que más interés hubiera tenido en que el movimiento fuera comunista, hubiera sido el Departamento de Estado. Ahora bien, es notable la reserva que a este respecto ha guardado. El Secretario de Estado, Marshall, se ha contentado con decir que «los sucesos en Bogotá han seguido el mismo molde que ha provocado las huelgas de Italia

y Francia y el mismo que se está ahora siguiendo para perjudicar las elecciones de Italia». El molde será el mismo y aun peor, pero que los que hayan ido por ese molde en Bogotá hayan sido los Comunistas u otros, queda aún por probar. «Time», en su última edición (Abril 26, pág. 21) confiesa que «ninguno ha tenido éxito en probar que los Comunistas han tramado el levantamiento». Sin cerrarnos ante la luz que nuevas pruebas pudieran arrojar sobre los vandálicos acontecimientos, sin dejar de admitir la grande participación que los Comunistas han podido tener en los desórdenes y crímenes (ya que es táctica suya el aprovecharse de las situaciones caóticas para apoderarse del poder): creemos mucho más conforme con la realidad, que no se trata sino de un episodio más, salvaje y fanático, de la intransigencia liberal. Sobre la identificación del matador de Gaitán es inútil especular hasta ahora, ya que fué de tal modo mutilado y despojado de sus vestiduras, que no ha

podido ser identificado. Cualquiera que haya sido la índole del crimen, político o personal, lo cierto parece ser que la ocasión fué aprovechada por los liberales para lanzar una enorme y criminal acometida contra el gobierno de orden y de justicia social que ha venido haciendo un gran exponente del histórico rival. Por otra parte, no debe llamar la atención que esa reacción liberal haya degenerado en tales violencias, que espontáneamente se las atribuímos a los Comunistas. Sabido es que el ala izquierda del liberalismo —la que precisamente seguía a Gaitán— estaba formada, en gran parte, por elementos anárquicos sin Dios y sin ley, triste condición a donde desemboca el Liberalismo ideológico. Los sucesos de Bogotá han revelado hasta dónde pueden llegar las fuerzas del liberalismo, como filosofía y como práctica; es decir, hasta el más crudo materialismo en donde actúa sola la bestia humana. Y en este terreno se dicen de tú liberales y comunistas.

La Interrogación de Costa Rica

Todo el mundo está conforme con que la suerte del Partido Comunista «Vanguardia Popular» ha sido ultimada con el triunfo de la enérgica actitud encabezada por el sagaz José Figueres. Con él va, de sobra—hasta donde llegan nuestros informes—todo lo más decente de Costa Rica. La misma Iglesia debe sentirse en terreno firme bajo la nueva bandera, desde el momento en que el P. Benjamín Núñez ha actuado en las ofertas de paz por parte del Gobierno y finalmente, en la misma rendición, como agente diplomático

de Figueres. Sin embargo, una interrogación se perfila clara en el horizonte de lo que los ticos llaman ahora «la segunda República». El nuevo régimen ¿va tan sólo a eliminar el Comunismo de la escena política con las armas y las proscripciones, o va a extirpar más bien sus hondas raíces en aquella tierra digna de mejor suerte? En la abigarrada oposición que ha llevado al triunfo Figueres, y en la que se mezclan todas las escalas, desde la pura justicia social cristiana hasta el capitalismo intransigente, desde el espiritua-

lismo católico hasta el materialismo liberal, ¿qué dirección va a prevalecer? —«Hay muchos que pretenden sumarse con los decididos a conjurar el peligro del Comunismo—ha dicho reciente-

mente el gran pensador Monseñor de Andrea—y al mismo tiempo hacen lo posible para crear el medio en que el Comunismo germina y prolifica. Ese medio es el materialismo de la vida».

“Defensa Social Salvadoreña” Llega al Punto Cero

El movimiento de regeneración social y moral contra los vicios y, sobre todo, contra el alcoholismo, fundado por el benemérito Arzobispo de San Salvador, Mons. Chávez y González, ha suscitado un enorme interés y va recorriendo la República. En uno de sus últimos mítines en el Palacio Arzobispal, el economista y ex-ministro de Hacienda, D. José E. Suay, presentó un magnífico estudio sobre lo que ha significado y significa actualmente para el fisco la maldita renta del aguardiente. En definitiva, DSS podrá hacer mucho mediante una activa campaña contra el alcoholismo, pero en gran parte sus esfuerzos se estrellarán mientras el Gobierno siga considerando como parte integrante del presupuesto la renta del aguardiente. En esta hipótesis, el Gobierno tendrá siempre interés en que el líquido funesto se venda. Por más que dificulte su obtención por motivos de pura decencia, como es el caso del embotellamiento que ahora va a establecerse, siempre la resultante será el desear venderlo y facilitar de hecho su compra. De lo contrario, aquella partida no entraría en el presupuesto. Esto será inaudito, será suicida por parte del Estado, pero muy lógico en la hipótesis del alcohol como fuente fiscal. Sin duda de este punto cero, jamás podrá moverse DSS. El señor Suay, sin embargo, cree que con éxito podría intentarse una dirección y en

realidad definitiva. Si bien en años remotos la renta del aguardiente llegó a constituir (da horror el pensarlo) hasta el 20% de las rentas estatales, en la actualidad no forma sino el 5%. En efecto, los ingresos totales del fisco llegaron el año pasado a $\text{¢}60.000.000,00$, de los cuales corresponden a los alcoholes tan sólo $\text{¢}3.000.000,00$. Tanto por ciento, absolutamente absurdo—prescindiendo de su moralidad—ya que por percibirlo, por fomentar el Estado de esta manera el alcoholismo, «se ve en la obligación de erogar cuantiosas sumas por varios ramos de la Administración Pública, para reparar los males causados por la propagación del vicio auspiciado por el mismo Estado». Los tres millones del aguardiente, «en resumidas cuentas se invierten en Hospitales, Cárceles, Penitenciarías, Manicomios, Policía y demás organismos que exige la persecución y el control del vicio». Ese dinero que entra y sale de las cajas nacionales, sin dejar en ellas nada apreciable, después de haber roído la conciencia y la salud de nuestro miserable pueblo y muchas veces también después de haber manchado su dignidad en fétidas cárceles. El Sr. Suay, en principio, recomienda que en una reforma del Sistema Tributario, no se considere la renta del aguardiente como un ingreso obligatorio, sino nada más como un freno para su empleo y consumo.